

Resulta que el mismo día de haber llegado a la casa iniciaron la remodelación y, además de las incomodidades del lugar, en la tarde siguiente a Vensalid le tocó por obligación moral acompañar a Velerio, el más viejo de la casa, que viajó a traer unos materiales de construcción a cierto municipio donde él tenía unos familiares los cuales producían tejas y ladrillos de excelente calidad. Y se había dispuesto que viejo sería acompañado por Fidelio ; sin embargo Vensalid tuvo que asumir el puesto de su padre debido a una casualidad trágica, pues habiendo estado Velerio arreglando el techo, Fidelio que se encontraba ayudándole a su padre en compañía de su hijo Vensalid, sufrió una caída desde una de las vigas que sostenían el cielo raso fracturándose una mano lo cual le imposibilitaba ayudarle a su padre a cargar la volqueta.

Habiendo salido Velerio en compañía de su nieto Vensalid, después de un largo trayecto de regreso, la vieja volqueta había empezado a fallar y don Velerio experimentado excamionero que había recorrido todas las vías del país y hasta se daba el gusto de conocer muy bien algunas regiones de otros países como Ecuador, Brasil, Perú y Venezuela entre otros, dijo: "este chéchere ya sacó la mano". Entonces tomó su linterna y se bajó del vehículo. Vensalid lo miró levantar el capó y en esos instantes unos enormes goterones apresurados por la fuerza de la gravedad se estrellaron contra la tierra arrancándole secos gemidos al montón de latas oxidadas, con de pintura desteñida regada a pedazos, que simulaban la carrocería de la volqueta. De inmediato las gotas aisladas se convirtieron en pesadas ráfagas que obligaron a Velerio a refugiarse de nuevo en la cabina, dejando ahogado su deseo de hurgar en el viejo motor del vehículo.

La avería había afectado al sistema eléctrico y después de mirar y de palpar algunos cables bajo lo que sería el panel de control, sin obtener buen resultado. Velerio enfocó su linterna hacia el frente.

- ¡Ojalá que a nadie le dé por pasar por aquí en algún carro ahora!-dijo el viejo -Este sitio es muy peligroso agregó.

Estaban demasiado cerca de la famosa curva del diablo, y en aquella oscuridad sería fácil ser investidos por algún otro vehículo. Habían sido varios los desafortunados conductores que víctimas de aquella curva doble y cerrada habían ido a dormir al motel la eternidad.

El ambiente parecía negarse a permitir cualquier existencia de vida humana en los alrededores, solo se escuchaba el estampido de la tormenta cuyos rayos cegaban destiñendo la negra rigidez de la encolerizada noche, pendían como bordando las pesadas cortinas de agua mecidas por la fuerza del viento que parecía disputárselas con otro desconocido ser invisible y extraordinario que pretendía mantener cautiva la lluvia en aquel fatídico lugar.

La vieja volqueta se estremecía y Vensalid pensó que en cualquier momento serían arrancados del suelo por la fiereza de la tormenta.

-Pásame un destornillador de esa gaveta-le dijo Velerio, pero después de comprobar que no estaba en el lugar indicado él mismo se inclinó para buscar en la caja de herramientas que se hallaba bajo la silla. Un chorro de agua fría lo hirió haciéndole arquear las espaldas en un acto instintivo acompañado por un reflejo involuntario que le erizó toda la extensión de su piel. Un furioso madrazo originado tiempo atrás sin saber donde, en quien ni cuando, apareció en su boca llenando la reducida estancia.

- ¿Qué pasó?-dijo Vensalid enfocando sus ojos hacia el final de la luz que había estado posada sobre la caja de herramientas.

-Una maldita gotera me cayó en la espalda-respondió el viejo.

En ese instante el estruendoso estampido de un trueno cercano se filtró acallando por instantes el sonido de la lluvia y causó un tremendo sobresalto a los dos hombres que llevó a Velerio a ocasionarse de manera involuntaria un golpe en la cabeza. Un improperio con la intención de veinte mil maldiciones hirió el ambiente como si fuera un rayo promulgando su quítate que te parto. Pero la risa de Vensalid no se hizo esperar exasperando más al viejo Velerio.

- ¿Qué sería ese ruido?- dijo el joven tratando de disimular su risa.

- ¡Sabrá el hijo de puta diablo! -respondió el viejo. Sin embargo, después de unos instantes él mismo seguía haciéndose esa misma pregunta.

Vensalid había tomado la linterna para observar como un grueso hilo de agua pendía, desde un orificio localizado en lo alto de la cabina, pasando casi frente a su nariz. Se acomodó con las piernas abiertas echándose hacia atrás para esquivar el agua y luego se reacomodó desplazando la luz hasta la ventanilla. El agua penetraba al interior del vehículo mojando su brazo, asomaba a través de una ranura abierta por el gusano del oxido que había carcomido la delgada lámina engrosada por la masilla automovilística, luego el líquido corría hasta perderse bajo el piso del vehículo para ir a precipitarse desde algún lugar como un pequeño afluente del inmenso río provisional que ahora corría bajo de ellos a escasos centímetros del piso que tenían bajo sus pies.

Afuera, los raudales surcaban el vidrio empañado de la ventana y al limpiarlo, horrorizado, creyó ver un rostro espantoso que lo miraba a través de la lluvia. Quiso decir algo pero se contuvo, miró a don Velerio y volvió su rostro para comprobar lo que había visto pegado a la ventana. Esta vez no vio nada.

-Debe haber sido mi imaginación-pensó, apagó la linterna, se recostó apoyando la cabeza en la frialdad metálica de la cabina y cargó sus ojos de oscuridad abandonándose a los ruidos de la tormentosa noche.

Velerio, fracasado en su intento de arreglar el encendido eléctrico desde la cabina, había cruzado los brazos, en un intento de sustraerlos al frío que atisbaba desde cada ventana de su piel en busca de sus envejecidos huesos; o tal vez el frío estaría tratando

de localizar su alma, palpando sobre la piel, para cubrirla con su cuerpo etéreo bajo la ruana que él había colgado de sus hombros.

Ahora, Velerio, extrajo del bolsillo de su camisa una cajetilla de cigarrillos semivacía y aproximando el final definitivo a su contenido tomó entre sus dedos encallecidos el último poco de tabaco industrializado. Luego apretó entre su mano la cajetilla vacía y esta gimió encogiéndose llena de arrugas como si de pronto la hubiera alcanzado el peso amontonado de un tiempo lejano. El anciano ajeno a los cambios impresos a la cajetilla la dejó caer despreocupadamente y extrajo de uno de los bolsillos del pantalón un encendedor; lo accionó una, dos, tres, cuatro veces antes de que la amarillenta luz fuera a concentrarse en su rostro y la diminuta llama se ensañase en el cigarrillo que el viejo había puesto en forma mecánica en sus labios. Aspiró el cigarrillo sintiéndose lleno de un extraño placer compulsivo, tapando el encendedor lo guardó de nuevo, al mismo tiempo que exhalaba una bocanada, inyectando el humo grisáceo al color negro partido de luz en medio de los estampidos tormentosos lanzados por los negros nubarrones que al parir desafiaban a la noche.

Las vías respiratorias del viejo protestaron de inmediato ocasionándole una tos apresurada; sin embargo, él continuó fumando en alternancia de su extraño placer con la tos que amenazaba con arrancarle el cuerpo extraño a su organismo llevándose por delante los pulmones y todo cuanto encontrase de ellos hacia afuera.

La cabina se había llenado de humo y aunque Vensalid no fumaba no había necesitado más para que, a diferencia de Velerio, sintiera un desagradable malestar, era como si el aire se estuviera dejando respirar a pequeños trozos, los cuales no alcanzaban a oxigenar su sangre, sudaba; el olor a tabaco le repugnaba de tal manera que el vientre le insinuaba un desalojo incontenible a su espacio; el cerebro parecía estarse revolviendo en su cabeza volviendo ante sus ojos todo inestable a su alrededor. El joven tosía también en un intento inútil de darle a comprender al viejo su angustioso estado.

Afuera el viento jugaba con el resto de la naturaleza, golpeaba furioso la volqueta y retrocedía para volver con nueva fuerza, los árboles parecían danzar un diabólico vals al son de la tormenta y las luces de los rayos servían al ambiente en representación de un angustioso espectáculo macabro.

Cerca de allí, a escasos metros, en la curva del diablo, unos cuerpos yacían sin vida bajo la lluvia. Mientras tanto una sombra grotesca se había desprendido del lugar alejándose poco a poco, rumbo hacia donde se encontraban los dos hombres de la vieja volqueta.

Velerio estaba a punto de besar el rojo incandescente, único vestigio que le sobraba del cigarrillo que se limitaba a existir a la fuerza ya muerto entre las uñas del anciano.

El pobre Vensalid sentía morir asfixiado. El fumador arrojó por fin la pequeña braza, que le quemaba la yema encallecida de sus dedos, al piso y procedió a restregarle la suela de su zapato como si le estuviera castigando el agotamiento.

Momentos mas tarde, unos lamentos hicieron reaccionar a Vensalid quien tomó la linterna que había permanecido encendida como una leve señal de advertencia vial, la enfocó más hacia la vía, pero a través del humo solo miró el parabrisas empañado, entonces procedió a limpiarlo y pudo contemplar entre los restos de lluvia, que parecía escapar hacia lo lejos, a una figura espantosa. El muchacho se apretujó echándose hacia atrás en su asiento y sacudiendo por un brazo a su compañero de viaje, que había empezado a dormitar, le dijo con voz temblorosa, "allí viene alguien".

- ¿Qué?- preguntó el viejo entre dormido y sorprendido. El muchacho repitió que afuera había alguien.

- ¿Alguien por aquí, con este tiempo y a esta hora? ¡No puede ser!-afirmó.

Ambos permanecieron expectantes hasta que sus oídos se llenaron de una voz lastimera, de mujer, que plañía "¡aaah!, ¡aaah!, ¡aah!..."

-Es una loca o es alguna visión, muchacho, porque por aquí a pié y a esta ora no anda nadie. ¡Déjame ver!-dijo tomando él mismo la linterna en su mano y apresurándose a limpiar el parabrisas para poder mirar. Entonces, los dos observaron la figura borrosa y grotesca que se acercaba con dificultad entre el pantano de la carretera.

- ¡Virgen del Carmen!-dijo Velerio santiguándose en el acto. No obstante continuó alumbrando la figura con mano temblorosa. Palpó en busca de algo en el bolsillo de su camisa y luego se pasó la mano por los ojos como en un intento de borrar aquella figura que llegaba gimiendo y llorando desesperada junto a la volqueta.

- ¡La llorona!- dijo el viejo, en ese momento de la aterradora escena, apagando la linterna con el fin de apartar de sus ojos aterrados la grotesca figura.

Unos débiles golpes en el vetusto vehículo acompañaron a la voz de auxilio.

- ¡Ayuda por favor!, ¡auxilio!-dijo la voz quejumbrosa.

Los dos hombres permanecieron petrificados unos instantes por el espanto hasta que Velerio encendiendo su linterna de nuevo, abrió el empañado vidrio de la ventanilla y alumbrando hacia fuera vio como un horripilante rostro aparecía ante él.

- ¡Ayúdenme, por favor, que estoy herida!-se escuchó decir a la mujer haciendo que los dos hombres se percataran de la grave realidad del momento.

Al día siguiente se escuchó en un noticiero de la mañana que cuatro personas que viajaban en un carro particular se habían accidentado, durante una tormenta en la llamada "Curva del diablo" mientras conducían desde una población hacia la capital. El trágico accidente había dejado como saldo tres personas muertas y una mujer herida que se había salvado de manera milagrosa al ser rescatada por dos valerosos campesinos de la región que se habían enfrentado a la furiosa tormenta, al percatarse del accidente, para ayudar a las víctimas.

Nadie habló en los informes de prensa acerca de la realidad; dudo que alguien se haya imaginado la angustia, el terrible dolor o el sufrimiento de la pobre mujer; o el espanto que habían experimentado los dos auxiliadores al confundir a la mujer, en un principio, con un fantasma de la noche; y mucho menos creo que a ellos les haya interesado conocer los pormenores de todas las circunstancias que rodearon el hecho. Pero a usted sí, por eso está leyendo esta narración.

Siete años más tarde Velerio moría, pero no de viejo sino a causa de un enfisema pulmonar. Entonces Vensalid entendió que a Velerio no lo había matado el cáncer sino el vicio de fumar. Él no tenía ni la menor idea de medicina, pero este hecho lo llevó a cambiar en su forma de pensar. Antes él creía que los viejos morían por ser viejos; pero, desde entonces se convenció a sí mismo de que ellos, los viejos, como cualquier otra persona morían era en manos de alguna enfermedad y no por haberse graduado ya en el aprendizaje de ser viviente.

La muerte no sería más que un fracaso en la carrera de la vida individual humana iniciada en el lugar del engendramiento, digo yo a raíz de lo que llegó a pensar Vensalid. Si, la muerte no es más que la reprobación del examen final en la carrera de nuestra vida; los que fallecieron en La Curva del diablo solo son tres de tantos desertores obligados por unas circunstancias que les impide llegar a viejos. Así acontece muy a menudo, la mayoría no llega hasta donde debería ir; mas lo peor es que al tratarse de la muerte esta cuestión es más grave; porque, nadie puede volver al aula de la vida retomar el proceso. Todo, todo ha terminado. No hay más esperanza.